XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Amigos que desaparecen.

Victoria Sanford, PHD y o.

Cita:

Victoria Sanford, PHD y o (2023). *Amigos que desaparecen. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/528



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

AMIGOS QUE DESAPARACEN[1]

Victoria Sanford, PhD[2]

Traducción por Paula Cuellar Cuellar, PhD[3]

En 1988 conocí a Marvyn Pérez. Para ese tiempo, yo enseñaba inglés en México. Estaba cenando en la casa de unos exiliados guatemaltecos, quienes a su vez eran compañeros de docencia en la universidad de Puebla. En ese momento, Marvyn habría tenido dieciocho o diecinueve años, pero se veía mucho más joven. Marvyn estaba acompañado de su novia de la escuela secundaria. Ambos vestían jeans, camisetas y anteojos con montura dorada. Aunque tímido, Marvyn tenía una sonrisa fácil que demostraba esperanza. Estaba en Puebla para comenzar la escuela de medicina. No fue hasta un tiempo después que supe que Marvyn era un sobreviviente de tortura.

En 1993, cuando nos reunimos de nuevo, yo había iniciado mis estudios de postgrado en la Universidad de Stanford y estaba recopilando testimonios de sobrevivientes. En ese momento, Marvyn era ya un médico residente de veintitrés años estudiando en la Universidad Autónoma de Puebla. Aunque ya más confiado y maduro, sus amables ojos seguían distinguiéndose por su cabello negro y rizado y por sus anteojos con montura dorada. Sin duda, su comportamiento amable tranquilizaba a muchos niños y padres que buscaban atención médica. Debido a que él y yo éramos amigos y a que ambos teníamos educación universitaria, de alguna manera pensé que había algo que compartíamos que haría más fácil la toma de su testimonio. Tal vez algún punto de acceso en común que permitiera una entrevista menos dolorosa para conocer su experiencia.

---

[1] Reprint con kind permission of *ReVista, the Harvard Review of Latin America*. https://revista.drclas.harvard.edu/friends-who-disappear/

[2] Profesora Catedrática de Lehman College and the Graduate Center, City University of New York. Autora de *Textures of Terror: The Murder of Claudina Isabel Velasquez & Her Father's Quest for Justice.*

[3] Asociada posdoctoral de Bowdoin College.

De alguna manera, pensé que mi conocimiento teórico de Guatemala me había preparado para conocer y comprender la historia de Marvyn. Asimismo, creí que mi conocimiento previo sobre experiencias compartidas por otros testimoniantes, ayudaría a Marvyn a abrirse y hablar sobre sus vivencias que son, en muchos sentidos, inenarrables. Ingenuamente, pensé que juntos podríamos encontrarle sentido a lo que le había sucedido. En "Vocabulario", el poeta chileno Ariel Dorfman escribe: "Déjame decirte algo. Incluso si yo hubiera estado allí, no podría haber contado su historia".[i]

La Comisión de Esclarecimiento Histórico de Guatemala documentó la desaparición forzada de 50,000 personas entre 1960 y 1996. Marvyn tenía catorce años cuando fue desaparecido forzosamente en Guatemala. Él fue uno de los 5,000 niños desparecidos por el ejército de Guatemala. El día de nuestro encuentro, Marvyn me contó su historia mientras el sol se posaba sobre el valle de Puebla y se escondía detrás de los volcanes nevados Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Casi tres décadas después, sigo sin tener claro si lo sucedido a Marvyn tiene algún sentido. Sin embargo, sé que es una historia que debe contarse. En tiempos del Covid-19, me encontre reflexionando nuevamente sobre las personas desaparecidas en Guatemala. En estos días, otra vez me encuentro pensando sobre ese sufrimiento para el que no hay palabras, pero que debe ser nombrado para reconocer y entender cómo el dolor de la pérdida da forma a nuestro presente y futuro.

Nos sentamos en su sala de estar, equipada con muebles rústicos de fabricación local y rodeada por paredes blancas brillantes que no había encontrado ni tiempo o interés para decorar durante su

tiempo de descanso después de sus rondas médicas en el hospital. Agradecí que renunciara a dormir ese día para recordar esta dolorosa experiencia conmigo.

Imagina que tienes catorce años y que perteneces a la minoría privilegiada de tu país que va a la escuela secundaria. Te has unido a una organización estudiantil que protesta por los recortes presupuestarios en educación y por la falta de acceso de los estudiantes a escuelas públicas. Tú y tus amigos han elaborado unos volantes exigiendo sus derechos a la educación gratuita y quieren distribuirlos entre la población. Sin embargo, vives en un país en donde ser descubierto con este tipo de panfletos es un crimen según la ley: "posesión de literatura subversiva" que se castiga con pena de prisión. Al mismo tiempo, eres un muy buen jugador de baloncesto. De hecho, eres parte del equipo nacional. Además, eres fuerte, rápido y atrevido. Tienes en tu poder algunos petardos que son legales porque están hechos con pólvora por las mismas personas que fabrican municiones para el ejército. Ese día, te reúnes con dos de tus amigos de la escuela y metes los folletos en una bolsa de papel con algunos de los petardos. Uno de tus amigos extiende la mecha del petardo con papel higiénico, cabezas de cerillas rotas y agua. Atas la bolsa de papel con folletos y petardos a la polea que tú y tus amigos han aparejado con un trozo de cuerda y que han tirado sobre un poste de luz en una calle concurrida. Es una sensación emocionante. Uno de tus amigos enciende la mecha y empiezas a correr por la calle. Te vuelves para mirar los folletos que flotan en el aire oscuro y lleno de humo mientras escuchas el crepitar y el estruendo de los petardos. Estás asombrado por el espectáculo. Empiezas a sonreír y, justo cuando estás a punto de felicitar a tus amigos, escuchas las sirenas.

Tú y tus amigos corren y se suben a un autobús. Bajan en la siguiente parada y toman otro autobús. No obstante, la sirena los sigue, hasta que finalmente el autobús se detiene para atender su llamado. La policía se sube al autobús. Ordenan a todos los pasajeros que se bajen y separan a los hombres de las mujeres. Revisan a todos. Luego, te llaman a ti y a tus amigos. La policía nacional les dice: "Sabemos quiénes son ustedes. No se hagan los tontos. Comienzan a golpearte con las culatas de sus rifles mientras te empujan hacia su auto. Mientras el auto se aleja con ustedes adentro, uno de ellos te mira y te dice: "Quiero cubrirte con gasolina y encender un fósforo. Entonces, hablarías".

Marvyn y sus amigos son llevados al Departamento de Investigaciones de la Policía Nacional. Después de estar sentados en silencio durante horas, comienzan los interrogatorios. Luego, son encerrados en un baño donde duermen en el piso hasta el amanecer. Son despertados por la policía que trae a otros dos estudiantes de secundaria, ambos severamente golpeados. Luego, la policía trae a un hombre que está atado de pies a cabeza. Llenan el lavabo con agua hirviendo. Acusan al hombre de robar mientras golpean su rostro contra el lavabo y lo mantien bajo el agua caliente mientras se ahoga por la falta de aire. Luego, la policía lo arrastra.

Poco después, la policía regresa y le coloca una capucha hecha de goma a uno de los chicos. Uno por uno, los chicos son encapuchados y llevados a una habitación contigua. Cuando no es su turno de ser encapuchados e interrogados, los chicos podían escuchar lo que les estaba sucediendo a sus amigos: golpes, patadas y gritos, seguidos por las exclamaciones de dolor y los gemidos de sus amigos. Marvyn fue el último en ser encapuchado y arrastrado. Fue golpeado y pateado. Ese primer día no fue un interrogatorio individualizado. La policía torturó a los chicos, gritando "¡Confiesen! ¡Confiesen!" con cada golpe.

El segundo día, aún en la comisaría, el ejército se hace cargo de los chicos. Uno por uno, son llevados a una habitación donde les muestran una serie de fotos en un álbum.

“¿Lo conoces? ¿La conoces?” pregunta el oficial uniformado.

“¿La conoces?” preguntó un oficial mientras señalaba a una niña.

Marvyn sabía que ella era una estudiante de secundaria que había dejado la escuela para unirse a la guerrilla en las montañas. Sin embargo, Marvyn negó con la cabeza y dijo: “No”.

“¡Mentiroso!” gritaron los oficiales.

Como represalia, tres hombres del ejército golpean a Marvyn. Le estrellan la cara contra la mesa y le tiran del pelo mientras él continúa respondiendo “no” a las constantes preguntas. Un oficial, a quien Marvyn describe como alguien del notorio G-2 de Guatemala, la unidad secreta de inteligencia del ejército, tiene mucha información. Mira a Marvyn y señala unas fotos. “Mira”, le dice, “éste pertenece al Frente Estudiantil Revolucionario. Se unió a la guerrilla el año pasado. Lo matamos. Y a éste, bueno, lo tenemos”.

Ese mismo día, la policía captura a dos estudiantes más en el centro de Ciudad de Guatemala. Eran tres estudiantes, pero uno de ellos casi escapa. A ese tercero, la policía le dispara y lo mata mientras huía. Esa misma noche, las dos hermanas de Marvyn y otros dos adolescentes son desaparecidos

—una característica de la desaparición forzada es la sustracción de los individuos de la protección de la ley. La desaparición forzada fue un arma del gobierno guatemalteco para suprimir la disidencia, mientras mantenía una postura oficial de ignorancia y negación del paradero y la suerte de las víctimas. Magullados y ensangrentados por los golpes, estos dos chicos recién capturados son llevados también al mismo baño de la policía donde estaban detenidos Marvyn y sus amigos. A ninguno de ellos se les permite hablar. A la mañana siguiente, traen a dos chicos más. La policía se comporta como si estuviera trayendo animales salvajes que han sido capturados en una cacería.

Esa segunda mañana en la estación de policía, Marvyn y sus dos hermanas son llevados a una habitación junto con un coronel del ejército o, al menos eso parece, pues todos los oficiales lo llaman "coronel". Este hombre representaba "al buen policía", según recuerda Marvyn.

"Miren, chicos", dijo, "es mejor que hablen. No les va a pasar nada malo. No se preocupen. Solo tienes que decir algunas cosas y luego saldrán libres".

El coronel se volvió hacia su hermana. Él dijo: "Deberías hablar. Eres la mayor. Entiendes la situación. Puedes salvar la vida de tu hermano y hermana".

Marvyn y sus hermanas le dijeron al coronel que no tenían nada que decir.

"Miren, entendemos que ustedes hacen estas cosas por patriotismo, por su país, porque tienen un gran corazón", dijo el coronel. "Sin embargo, ustedes han sido manipulados por la guerrilla. Ellos son delincuentes que causan problemas en el país. Será mejor si hablan."

Pero Marvyn y sus hermanas no hablan. “No teníamos nada que decir”, explica Marvyn.

Al tercer día, el coronel comienza a interrogar a los chicos individualmente. “¿Quién es tu líder?” exige saber. Todos los chicos empiezan a dar información, pero toda era diferente porque la iban inventando sobre la marcha. Cuando los oficiales del ejército se dan cuenta de que esa información eran invenciones de los chicos, los comienzan a golpear nuevamente.

El martes, le colocan una capucha a Marvyn. Él había escuchado hablar de la capucha. Pensó que era una bolsa de plástico que le colocarían en la cabeza, que lo sentarían en una silla y que lo golpearían. No obstante, ésta era una operación más sofisticada. Los oficiales del ejército le colocaron una capucha de caucho en la cabeza que no tenía aberturas para la boca, la nariz o los ojos. Marvyn apenas podía respirar. Le ataron las manos y los pies detrás de la espalda. Además, le colocaron un cordón que estaba conectado desde la capucha hasta sus manos y pies. Luego, estos hombres del ejército arrojaron al suelo a Marvyn, de catorce años, boca abajo y tiraron de la cuerda, doblando su espalda y contorsionando su cuerpo de manera poco natural hacia arriba. Lo colgaron en esta posición.

Marvyn recuerda la experiencia de haber estado colgado así:

Se produce un dolor punzante y, al mismo tiempo, por la capucha de caucho, no se puede respirar. Luego, te comienzan a hacer preguntas. Cuando te estás asfixiando, te tiran y golpeas el suelo con fuerza. Luego respiras, pero te levantan de nuevo y te golpean en el estómago para dejarte otra vez

sin aire. Luego, arriba y abajo, arriba y abajo, una y otra vez. Los golpes no solo son en el abdomen, sino en todas partes. Cada vez que empiezas a asfixiarte, te dejan caer al suelo. Apenas empiezas a tomar aire, te jalan nuevamente hacia arriba. La capucha de caucho te asfixia y empiezan otra vez los golpes. Y todo el tiempo te están gritando: "Habla o matamos a tus hermanas". Pero, incluso si tuvieras algo que decir, no puedes hablar cuando te estás asfixiando con una capucha de caucho en la cabeza. Esta tortura es la forma como empiezan a quebrantar tu carácter, a destruir tu conciencia. Hicieron lo mismo con mis hermanas: "¡Habla o matamos a tu hermanito!".

Después de ser torturados y ya doloridos y ensangrentados, los chicos fueron llevados a una habitación sin saber cuál sería su destino después. Para ese entonces, los chicos ya estaban empezando a perder el sentido del tiempo y de sus cuerpos. Horas más tarde, esa misma noche, unos hombres desconocidos que rondaban los treinta años entraron en la habitación. Estos hombres musculosos y de aspecto rudo tenían muy mal semblante. Tan pronto como cerraron la puerta, estos hombres se burlaron de los chicos y les dijeron: "Ustedes son de la FIL".

"¿Qué es la FIL?" respondieron los chicos.

"Sabíamos que las FIL eran las Fuerzas Irregulares de Liberación, una estructura del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP)", explicó Marvyn. "Ellos seguían insistiendo: 'ustedes son de la FIL.' Nosotros decíamos: 'no sabemos nada de eso'. Con desprecio nos continuaban diciendo: 'no sean pendejos, hijos de puta'. Saben lo que eso significa. Solo esperen'. Y luego nos dejaron solos otra vez".

Poco tiempo después, los hombres rudos regresaron. “Véndenles los ojos”, ordenaron a los soldados del ejército –muy probablemente oficiales D-2 o G-2– que hacían guardia en la estación de policía. “Nos los llevaremos con nosotros”. Aunque estos hombres nunca se identificaron, esta vez sí dejaron claro quién estaba al mando y quiénes eran. Los chicos, que inicialmente habían sido capturados por la policía y que después habían sido entregados a oficiales del ejército, estaban ahora en las manos de un escuadrón de la muerte –un grupo organizado por hombres armados con vínculos directos con el ejército y/o la policía que opera encubierto mientras aterroriza a la población con desapariciones forzadas, secuestros y ejecuciones extrajudiciales. El velo de secretismo que rodeó a estos escuadrones de la muerte garantizó la impunidad de los perpetradores, ya que el ejército y la policía afirmaron desconocer sus actividades. Día tras día, mientras los chicos se encontraban desaparecidos y eran torturados, las autoridades gubernamentales afirmaban desconocer su paradero e incluso culpaban a la guerrilla de su desaparición.

En ese momento, Marvyn y los demás chicos llegaron a la conclusión que habían pasado de las manos de agentes de la policía y de oficiales del ejército a las manos de un escuadrón de la muerte clandestino. También en ese mismo instante, Marvyn pudo ver tristeza, miedo y temor en los rostros de sus hermanas: “Parecía que cada uno de nosotros nos habíamos reconciliado con la muerte y que el momento de morir estaba cada vez más cerca”.

Al imaginarse su destino, todos ellos empezaron a llorar. Intentaron abrazarse, despedirse con un gesto de amabilidad, incluso cuando las esposas con las que estaban atados –que aprietan las muñecas con cualquier movimiento– se apretaban cada vez más con cada movimiento que hacían.

Seguidamente, los matones del escuadrón de la muerte empujaron a los chicos escaleras abajo y los introdujeron a la fuerza en un automóvil. En su interior, había otros cuatro chicos –amigos que también habían sido capturados. Todos estos chicos, amontonados uno encima del otro en el piso del auto, comenzaron a susurrar entre ellos. “No hablen porque el que habla se muere”, gruñó uno de los hombres cuyo trabajo era torturar a los chicos. Fue así que el auto se quedó en silencio, excepto por el ruido del motor acelerando mientras los conducían hacia lo desconocido.

Intempestivamente, el coche en el que transportaban a los chicos se detuvo con un chirrido. “Aquí”, ladró uno de los matones, “nos desharemos de uno de ellos aquí”. Mientras los chicos temblaban de miedo, los matones se rieron y siguieron su marcha sin detenerse. De vez en cuando, sus captores repetían ese tormento. Durante ese trayecto, el tiempo se detenía y se aceleraba intempestivamente. Los cuerpos de los chicos temblaban de terror, se les secó la boca, no podían tragar, no podían hablar, tenían frío, tenían calor, tenían hambre, tenían sed, no podían respirar, les dolían las muñecas, sus dedos estaban congelados, sus manos estaban entumecidas. Podían sentir la respiración y el calor de los chicos que se encontraban arriba y debajo de ellos. Podían además sentir sus vientres blandos, sus codos y sus rodillas huesudas, la casi asfixia de la pila humana que amontonaba en el suelo del coche a toda velocidad.

Finalmente, llegaron a una casa. Escucharon que las puertas de esa casa se abrían y se cerraban cuando el auto entraba. Todavía atados y con los ojos vendados, los chicos fueron sacados a empujones del auto. Se estremecieron. La noche se sentía muy fría.

“Con los ojos vendados y con las manos esposadas, subí unas escaleras que llevaban hasta una casa. Inmediatamente después de entrar en la casa, la atmósfera se volvió aún más sombría y

aterradora. Con los ojos vendados, ya estaba oscuro. Sin embargo, al entrar en la casa, la oscuridad parecía consumir todo. El olor era horrible. Una mezcla de sangre, orina, excrementos. Además, se podían escuchar los gritos y los gemidos de las personas que eran torturadas. Era un ambiente terrible. Sabíamos que eso era lo que nos esperaba. Ese fue quizás el mayor golpe".

Durante dos semanas en esa cárcel clandestina, Marvyn y los demás chicos fueron torturados en todas las formas inimaginables. Marvyn fue golpeado, quemado, abofeteado, estrangulado, colgado, sometido a un simulacro de ejecución, ahogado, asfixiado y electrocutado con una picana en cada una de las partes de su cuerpo. Marvyn y sus hermanas se encontraban entre los treinta y dos chicos –definidos así por la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño como menores de dieciocho años, y cuyos derechos están protegidos por ese tratado internacional– que fueron desaparecidos en junio de 1982 en Guatemala y entre los trece liberados en una gran exhibición pública ante la prensa, brindando confesiones extraídas a partir de la tortura. En el grupo de Marvyn de dieciséis estudiantes de secundaria y preparatoria desaparecidos, tres de sus amigos siguen todavía desaparecidos. Hasta la fecha, aún se desconoce su paradero. Todas estas historias de tortura que Marvyn compartió conmigo se alojaron en alguna parte de mi memoria, detrás de la imagen de lo inenarrable.

La historia de Marvyn – y ahora mi relato–, intentan explicar cómo las experiencias traumáticas se alojan en tu cuerpo y tu alma y no te dejan escapar. Cómo se quedan contigo perpetuándose en el tiempo. Se trata de cómo el trauma ocupa diferentes espacios: la memoria, el olvido y hasta la vida cotidiana. Su historia y la mía son sobre el dolor, la depresión y, además, sobre la lucha por intentar de comprender lo inexplicable. Nuestras historias nos recuerdan que la experiencia

traumática delinea y da forma a nuestro presente, manipulando cómo permitimos que el trauma pasado se filtre en nuestras vidas y sea parte de nuestro pasado. Y, sin embargo, las experiencias dolorosas siempre permean cada parte de nuestras vidas, a pesar de todas las fórmulas complicadas que desarrollamos para separar el pasado del presente, o el trabajo de la vida cotidiana. En última instancia, esta es una historia sobre los recuerdos traumáticos e íntimos de otras personas, y cómo todos estamos interconectados cuando somos testigos y compartimos experiencias vividas. Este es el relato de cómo las historias de otras personas pueden dar forma a nuestras vidas y, quizás, de cómo se construye la memoria colectiva a lo largo del tiempo. Se trata de represión, recuperación y liberación. Se trata de mantener viva la esperanza a pesar de todas las experiencias que nos llevan en sentido contrario. Se trata de lo que hacemos mientras esperamos la barbarie o convivimos con ella.

Marvyn y yo hemos hablado sobre el uso de la tortura, qué les hace a las víctimas y a la sociedad entera. Parece haber un continuum de complicidad que inicia con la señora que denuncia a las personas "subversivas", que pasa por la policía y que llega hasta los bárbaros que torturan al grito de "¡Confiesen! ¡Confiesen!" Llega hasta aquellos que parecen casi orgullosos del conocimiento que han acumulado al torturar a un sinnúmero de personas y que se deleitan al compartir su experiencia con las personas detenidas: "A este lo matamos". Llega hasta aquellas personas profundamente macabras y siniestras que buscan destruir la esencia de lo que significa ser humano. Todo ello con el fin de destruir el ancla moral de las personas torturadas y dejar una cicatriz en sus almas. Todo ello para despojar a los individuos de la dignidad a través de la exposición a la brutalidad y al horror. Aquellos que sobreviven milagrosamente, quedan marcados para siempre en cuerpo y espíritu.

En términos occidentales, Marvyn sufre de trastorno de estrés postraumático (TEPT). Al igual que la diabetes o las enfermedades del corazón, el TEPT es un factor de concurrencia de muchas enfermedades, incluyendo el Covid-19. Saludable y completamente vacunado, Marvyn, que ahora tiene cincuenta y tres años, retrasó la búsqueda de tratamiento médico cuando comenzó a experimentar los síntomas de Covid. Formado en medicina occidental y experto en ella, Marvyn ha practicado la medicina en una variedad de escenarios en Guatemala y México. Ahora es médico y profesor de artes curativas en Los Ángeles. Sin embargo, hizo todo lo posible para evitar la institucionalización y la pérdida de autonomía que acompaña al Covid la hospitalización.

Reflexionando sobre su vacilación para buscar tratamiento, dijo: “Simplemente no es lo mismo estar en un hospital como paciente que ser parte del personal de salud”. Después de cinco semanas de síntomas y dependencia del oxígeno, finalmente buscó tratamiento médico en un hospital de Los Ángeles. Me ofrecí a hablar con el médico tratante por teléfono para explicarle el TEPT de Marvyn porque las entrevistas de admisión no suelen incluir preguntas sobre cómo sobrevivir a la tortura o la violencia. En el mejor de los casos, siempre es difícil para los sobrevivientes de tortura plantear la cuestión de su sufrimiento.

Marvyn y yo nos hemos estado enviando mensajes de texto porque su dificultad para respirar le dificulta hablar y hablar lo cansa rápidamente.

Marvyn me envió un mensaje de texto diciéndome que el Covid-19 estaba detonando su trastorno de estrés postraumático, especialmente cuando estuvo distanciado socialmente durante la

cuarentena. “Estar completamente aislado en una habitación y luchando por respirar me recordó las veces que me sometieron a la capucha”, explicó. “El agotamiento, la debilidad, la incapacidad para dormir, las noches interminables” dieron vida a los recuerdos de pesadilla.

Cuando Marvyn estuvo gravemente enfermo de Covid, las noches lo aterrorizaban porque los síntomas llegaban en oleadas más intensas y prolongadas en las horas previas al amanecer. Dejó las cortinas de su habitación abiertas para poder ver el amanecer y saber que todavía estaba vivo. Mientras Marvyn luchaba por respirar, escribió: “Me sentí como si estuviera en la cárcel clandestina de esa casa donde las noches eran igualmente largas y aterradoras”. Recordó la larga espera en la oscuridad para que “el gallo cantara anunciando el amanecer”.

---

[i] Dorfman, Ariel. 1993. “Vocabulary.” In Forche, Carolyn, Ed., *Against Forgetting. Twentieth Century Poetry of Witness*. New York: W.W. Norton & Company, 615-616.